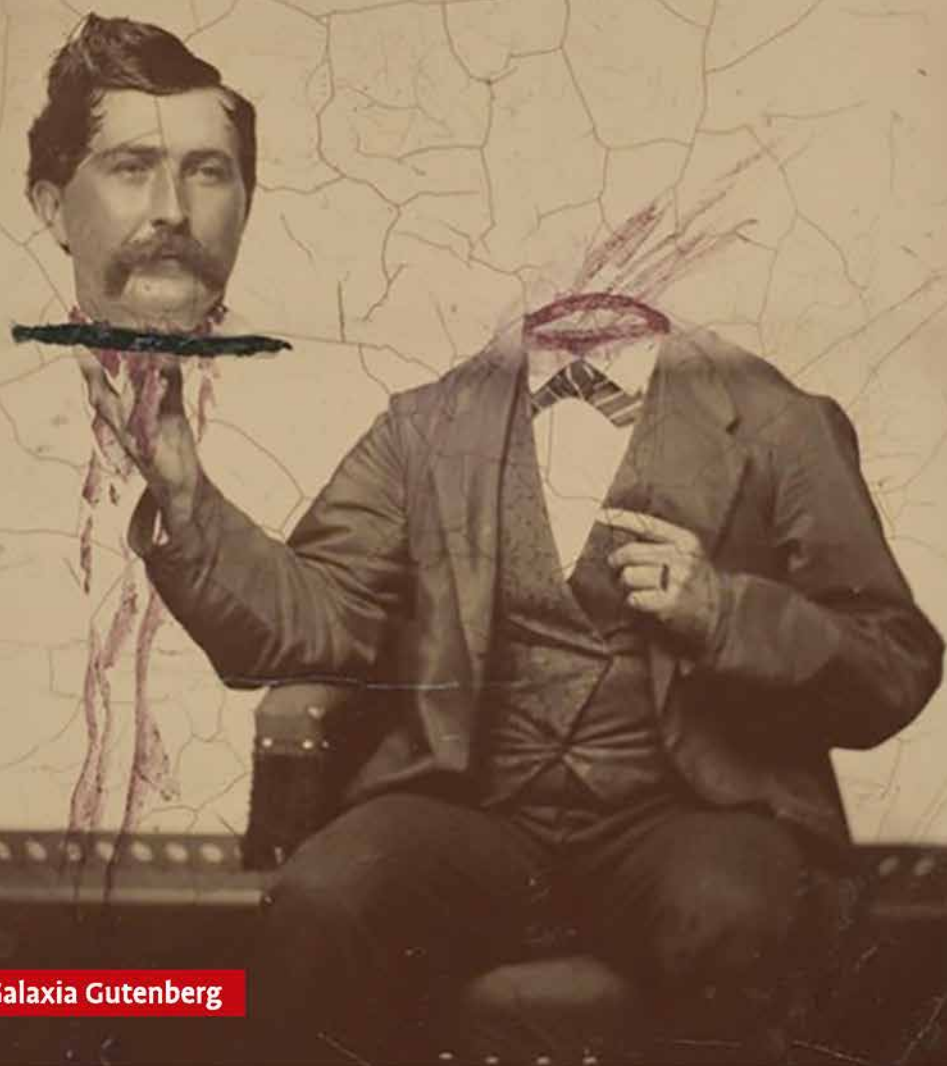


László F. Földényi

La larga sombra de la guillotina

Imágenes de la vida parisina
en el siglo XIX



LÁSZLÓ F. FÖLDÉNYI

La larga sombra de la guillotina

Imágenes de la vida parisina
en el siglo XIX

Traducción de
Adan Kovacsics

Galaxia Gutenberg



Título de la edición original: *A guillotine hosszú árnyéka*
Traducción del húngaro: Adan Kovacsics Meszaros

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2026

© Matthes & Seitz Berlin Verlag, Berlín, 2024
Reservados todos los derechos por Matthes & Seitz Berlin Verlagsgesellschaft mbH.
© de la traducción: Adan Kovacsics, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades
Depósito legal: B 14656-2026
ISBN: 979-13-88019-94-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

No pude evitar preguntarme en qué debió de pensar en aquel momento esa cabeza obedientemente inclinada. ¿Se habrá aferrado obstinadamente o, como suele decirse, apretando los dientes a una misma idea: «¡No me derrumbaré!»? ¿O habrán pasado por su mente en aquel momento toda clase de recuerdos probablemente del todo insignificantes? ¿O se habrá despertado en él fugazmente el recuerdo de la cara desfigurada por los tormentos de muerte de uno de los miembros (asesinados) de la familia Kinck? ¿O simplemente intentaba no pensar esa cabeza y sólo se repetía: «Esto no es nada, esto no cuenta, ya veremos, ya veremos...», y lo repitió hasta que la muerte se precipitó sobre ella y no hubo ya manera de retroceder?

Iván Turguéniev informa sobre la ejecución del asesino múltiple Jean-Baptiste Troppmann el 19 de enero de 1870. Turguéniev permaneció desde las once y media de la noche en la cárcel parisina de la Roquette, donde a las siete de la mañana se ejecutó la sentencia mediante la guillotina.

La guillotina permanente
Canción de la Revolución francesa

El diputado Guillotin
muy experto y muy hábil
en la medicina
inventó una máquina
para purgar el cuerpo de Francia
de toda gente con proyectos.
Es la guillotina, hurra,
es la guillotina.

Para castigar la traición,
la alta rapiña,
para esos amantes de los blasones,
esa gente que se conoce,
para ellos se ha hecho
y su efecto bien sabemos,
es la guillotina, hurra,
es la guillotina.

A fuerza de urdir complots
la horda amotinada
ha conseguido sin pensar
terribles migrañas.
Para curar a esos señores

se los llevará
a la guillotina, hurra,
a la guillotina.

De Francia se ha expulsado
a la noble alimaña,
se ha arrasado y roto
se ha arruinado todo,
mas para el noble ha quedado
el morir con el cuello cortado
por la guillotina, hurra,
por la guillotina.

Nobles señores amotinados,
cada uno de los cuales se esfuerza
resoplando en vano
en la guerra interna,
si os tomamos seriamente
moriréis muy noblemente
en la guillotina, hurra,
en la guillotina.

El día 10 nos ha procurado*
cantidad de trabajo,
los traidores han abundado,
esto es peor que la peste,
como no se quiere faltar
se castiga sin dudar,
la máquina queda, hurra,
la máquina queda.

* El 31 de octubre de 1793 (10 de brumario según el calendario revolucionario) fue el día de las ejecuciones de los girondistas.

Índice

Introducción	13
I	17
Un sentimiento no correspondido	19
El asesino solitario de Restif	28
Cuerpo y alma.	33
Rechinar de dientes	36
El antejojo	39
La guillotina	43
La máquina pensante	47
Vida después de la decapitación.	51
La sombra de la guillotina	58
El punto cero de la existencia	61
La belleza moderna	65
Sin cabeza	69
II	73
El barrio de Doyenné.	75
Place du Carrousel	82
La ciudad vuelta del revés	87
« <i>Discors concordia</i> »	92
Visiones democráticas	100
Instantáneas	106
Fotografías inteligentes	109
Ver la luz.	110
Lo visible y lo invisible	114
Volviendo al barrio de Doyenné	117

Anuncios y publicidades	124
El caleidoscopio	128
La exposición universal	132
III	137
Hamlet	139
Marville	144
Place Saint-André-des-Arts	146
Sembrado y escombrera	153
Ruinas.	160
Mar de barro.	165
Lo extraño y el progreso	172
Paraguas y máquina de coser.	174
Lo surreal	180
Improvisación	185
Vaporización.	188
El goce	192
IV	199
Acéfalo	201
Disyectos sin cabeza	205
Los incoherentes	211
Jarry y Grabbe	220
Monstruos	226
Ubú, el monstruo	230
<i>Action gratuite</i>	235
La patafísica	238
El verdugo artista	240
El alma encerrada en un monedero	242
La ecuación del progreso.	244
La máquina enamorada.	247
Descerebramiento	252
Bibliografía	263
Índice de imágenes.	275

Este libro se escribió por sí solo. No es el resultado de prolongada planificación, no hubo prolijos preparativos, ni días previos de inquietud. Un dibujo visto en un álbum, así empezó todo. Un dibujo de juventud del pintor francés Ingres, que se habría olvidado por completo si no hubiera pintado luego sus célebres cuadros y no hubiera llegado a ser el que fue. Un globo aerostático dibujado con suavidad en el fondo y un paracaídas cercano me llamaron la atención, y luego, enseguida, el anteojito que la joven retratada tiene en una mano. ¿Quién es ella, dónde está sentada, cómo ha ido a parar allí, qué representa todo eso? No tuve que investigar mucho, y enseguida me encontré en medio de una historia cuyos hilos llevaban de la pacífica Suiza al París de la revolución. Y a partir de allí fue todo un sin parar. ¿Qué podía verse a través del anteojito? Un globo aerostático, el salto de un paracaidista. Además, todo cuanto se ve en un teatro, en la ópera. Cuando Ingres realizó el dibujo, el propio París era un enorme teatro, cuyo escenario y cuyo patio de butacas no se diferenciaban. De algún modo tal como Rousseau habría querido verlo unos años antes: el verdadero teatro es aquel en que el pueblo se celebra a sí mismo. En medio de una fiesta se hallaba también la muchacha retratada en el dibujo, aunque se tratara de una de las fiestas más sangrientas de la historia. Mirando el dibujo se escucha cada vez más fuerte cómo se precipita la cuchilla de la guillotina a lo lejos. Ese sonido colmaba todo París en aquel entonces.

Suponía también la obertura para una nueva época. Al escucharla, la joven que podía verse en el dibujo de Ingres me condujo a

la guillotina, y las cabezas sujetadas por los pelos a una idea nueva del hombre que impulsaba a la transformación de las condiciones de vida, lo cual implicaba también la destrucción de la ciudad y recordaba por tanto a las ejecuciones con la guillotina. Y todo ello contribuyó a la aceleración de la vida cotidiana, convirtiendo en cada vez más frágiles y casuales nuestras impresiones; la recepción del mundo que nos rodea se desintegra... Y así sucesivamente. Fui avanzando capítulo a capítulo y enredándome en cada uno de ellos de tal manera que en la mayoría de los casos no veía al comienzo exactamente adónde me llevarían. Sólo sabía una cosa después de escribir los primeros capítulos: las decapitaciones mediante la guillotina guardaban alguna relación con la forma en que en un futuro se trataría de transformar, influenciar, lavar los cerebros de los hombres. O incluso extirparlos. Tal como lo auguró casi exactamente cien años después del dibujo de Ingres el poema de Alfred Jarry, *La canción del descerebramiento*, que es desde hace tiempo uno de mis favoritos. Que este poema sea la conclusión.

El libro avanza no por una lógica rigurosa, sino a través de asociaciones y analogías, de las decapitaciones al lavado de cerebros. Si no fueran tan fijas las definiciones de los géneros hasta podría denominarlo una novela. De hecho, cuando publiqué por adelantado uno de los capítulos (*Los incoherentes*), hubo quien se mostró incrédulo y aseguró que yo lo había inventado todo. Se juntan de un modo deliberadamente arbitrario historias de verdugos y descripciones de cuadros, informes médicos y fotografías examinadas con lupa, poemas y anuncios de periódicos, planos de ciudades y monstruos fantásticos, publicidad en calles y plazas y personajes de novelas. Y no sólo se relaciona todo con todo, sino que todo es resonancia de todo. Como escribe Baudelaire, uno de los protagonistas del libro, en su poema *Correspondencias*: «como largos ecos que de lejos se confunden / en una tenebrosa y profunda unidad».

La *Canción del descerebramiento* es una conclusión obligada. La expansión infinita de las cosas no puede interrumpirse. Ni en el tiempo ni en el espacio. La influencia de cuanto ocurrió en el París del siglo XIX se percibe más tarde en millones de capilares

sanguíneos y nos ronda hasta el día de hoy en forma de un espectro. La decapitación de antes ha sido sustituida por la extirpación de los cerebros. Y el descerebramiento no ha acabado. Continúa en nuestros días, sin parar. La sombra de la máquina crece más y más.

I

¿No resulta extraño que sean tan pocos los que se desmayan en esos últimos segundos? Al contrario, el cerebro vive de manera enormemente intensa, trabaja incesantemente, sin descanso, fuerte, fuerte, fuerte, como una máquina a todo poder; imagino que recorren el cerebro diversos pensamientos que no se piensan hasta el final, pensamientos incluso muy ridículos, muy secundarios... E imaginar que todo ello continúa hasta el ultimísimo segundo, cuando la cabeza ya está sobre el tajo y espera... y sabe, y de repente oye que la cuchilla encima de él ya se desliza. ¡Seguro que se oye! Yo, si estuviera allí tumbado, prestaría atención deliberadamente y escucharía. Se trata quizá de una décima parte de un instante, ¡pero se escucha, sea como sea! Y pregúntense ustedes, pues hasta el día de hoy se discute el asunto, si la cabeza, una vez cortada, tal vez sabe durante un segundo que ha sido cortada y que va cayendo... ¿se lo pueden ustedes imaginar? ¿Aunque sólo lo sepa durante cinco segundos?

El idiota, F.M. DOSTOYEVSKI